Incertidumbre y muerte en Antonio Machado

Uncertainty and Death in Antonio Machado

JOSÉ MANUEL PANEA MÁRQUEZ
Universidad de Sevilla (España)

Recibido: 10.10.2019 Aceptado: 13.12.2019

RESUMEN

El presente ensayo aborda el problema filosófico de la muerte en Antonio Machado, tanto en su poesía como en su prosa. No compartimos la tesis de que Machado arribó a la filosofía al decaer como poeta. La inquietud filosófica de Machado le acompaña desde sus primeros poemas. Y el tema de la muerte es un buen ejemplo. Analizaremos principalmente su poesía, estableciendo conexiones con su pensamiento filosófico en prosa. Por todo ello, no nos extrañará el feliz encuentro con la filosofía de Heidegger en los años treinta. Igualmente, Unamuno nos servirá para comprender el pensamiento filosófico de Machado, estableciendo entre ambos una comparación en torno al tema que nos ocupa.

PALABRAS CLAVE

MACHADO; FILOSOFÍA; POESÍA; MUERTE;
HEIDEGGER; UNAMUNO

ABSTRACT

The present essay treats with the philosophic problem of death in Antonio Machado in his poetry and prose. We do not share the thesis that Machado eventually came in philosophy as he had decayed as a poet. Machado's philosophic concern accompanies him since his first poems and the topic of death is a good example of it. We will mainly analyse his poetry, establishing connections with his philosophic thought in prose. Therefore, we will not be surprised with that fortunate meeting with Heidegger's philosophy in the 30's. Like wise, Unamuno will be useful for us to understand the philosophic thought of Machado, stating a comparison among them on the present subject.

KEYWORDS

MACHADO; PHILOSOPHY; POETRY; DEATH;
HEIDEGGER; UNAMUNO

Claridades. Revista de filosofía 12/1 (2020), pp. 35-74
ISSN: 1889-6855 ISSN-e: 1989-3787 DL: PM 1131-2009
Asociación para la promoción de la Filosofía y la Cultura (FICUM)

(…) a ignota mar iremos
A. Machado

Hablar de Antonio Machado es hacerlo de una de las cimas indiscutibles de la poesía del siglo XX. Pero no sólo es don Antonio un excelso poeta. Mucho se ha escrito sobre si fue, además, filósofo (cfr., Abellán, 1995, pp. 11-18; Martínez, 2019, pp. 15-30). Sin embargo, no vamos a proseguir aquí este debate, sólo apuntar que también en su obra poética se dan cita los grandes temas de la existencia: el tiempo, el amor, la muerte, siendo éste último el eje vertebrador de su poesía (cfr., Senabre, 1999). Podría decirse que hay en la obra de Machado no sólo aspectos de excelencia artística destacables, sino todo un entrelazamiento de cuestiones filosóficas que atraviesan su poesía y su prosa (cfr., Cerezo, 1975, pp. 19-54; García, 2013). Él mismo se refirió a lo inevitable de transitar de la poesía a la filosofía y viceversa (Machado, 2006, I, p. 195). El tema de la muerte en particular, del que nos ocupamos, es un buen ejemplo. Y es que Machado le otorga una importancia capital para comprendernos en tanto que seres humanos: «No olvidéis, sin embargo, que lo corriente en el hombre es lo que tiene de común con otras alimañas, pero que lo específicamente humano es creer en la muerte» (Machado, 2006, I. p. 77).

El hombre es el animal que tiene conciencia de su propia finitud. Pero estas reflexiones no lo son del Machado filósofo, como si derivaran tardíamente de su encuentro con la filosofía de Heidegger. Tal problemática viene de muy atrás, como él mismo nos recordará a propósito del filósofo alemán, cuya obra celebra por hacer de la muerte tema central del pensamiento (cfr., Vázquez-Medel, 1993; Barbudo, 1981, pp. 370-397; Merchán, 2004, pp. 424-426) . Don Antonio nos recuerda, al hilo de Heidegger, que él ya, muy tempranamente, poetizó la *angustia* heideggeriana[I], y que antes que ambos, el maestro Unamuno (cfr., Moreno, 2008). Pero si nos fijamos en estas coincidencias, y en el comentario de que *pensar-sentir* la muerte como problema es esencial en la comprensión de nosotros mismos, y que es algo que el propio Machado viene haciendo desde el principio, concluiremos que es infundada la acusación de que el poeta se malogró cuando arribó a la filosofía (cfr., Cerezo, 2012; Martínez, 2019). Como él mismo reconoce con su particular gracejo («¿seríamos heideggerianos sin saberlo»?), el joven poeta estaba ya asediado por preguntas filosóficas. No en vano, en los *Proverbios y cantares* —dedicados a Ortega—, nos recordará lo

profundo del poetizar:

LXXI
Da doble luz a tu verso,
para leído de frente
y al sesgo.

La unidad de creación y pensamiento del poeta-filósofo Machado, en torno a grandes cuestiones filosóficas —el amor, la verdad, Dios, la soledad, o la muerte— están presentes desde un principio[II]. No es que el artista naufragado arribara finalmente a las orillas de la filosofía; más bien, el filósofo acompaña al poeta desde los inicios hasta el final de su vida y obra, en verso o en prosa.

Lo que nos interesa ahora de su relación con Heidegger es comprender por qué Machado celebra tanto su filosofía. Y tiene que ver precisamente con nuestro tema: «No olvidemos que este ser en el tiempo y en el mundo, que es la existencia humana, es también el ser que se encuentra, al encontrarse con la muerte». (Machado, 2006, II, pp. 98-99) La reflexión sobre el feliz hallazgo de la filosofía heideggeriana, precisamente porque no ha dejado de lado un tema tan importante, y que rebaja siempre nuestro orgullo[III], la hace Machado nada menos que en 1937, prácticamente al final de su vida, aunque se trata de un tema que cabe rastrear en toda su poética.

En efecto, constatamos muy pronto que el hombre es comprendido, desde *Soledades* (1899-1907), su primer libro, como el ser que vive inmerso en el tiempo, y con la muerte como incierto y seguro horizonte:

XXXV
Al borde del sendero un día nos sentamos.
Ya nuestra vida es tiempo, y nuestra sola cuita
son las desesperantes posturas que tomamos
para aguardar…Mas Ella no faltará a la cita.

A nadie puede sorprender, entonces, que en su juventud Machado tomara lecciones en París con H. Bergson[IV], o que en los años treinta sintiera admiración por Heidegger[V]. Sin embargo, veremos cómo en Machado esta vivencia del tiempo no lo es solo del *tempus fugit*, que produce, inexcusablemente, *desasosiego*, sino que también lo será del tiempo abierto a la espera: «En cuanto nuestra vida coincide con nuestra conciencia, es el tiempo la realidad última, rebelde al conjunto de la lógica, irreductible, inevitable, fatal. Vivir es devorar tiempo: esperar; y por muy trascendente que quiera ser nuestra espera, siempre será espera de seguir esperando» (Machado, 2006, I, p. 110).

De manera que decir que el hombre es constitutivamente *un ser temporal* será decir también que es *un ser que espera*. No debemos olvidar este vínculo entre tiempo y espera si queremos preguntarnos por el sentido del fluir temporal en nuestro poeta, y todo lo que tiene que ver con la muerte.

Por el momento, hemos de tener presente que poesía esencial y temporalidad van estrechamente entrelazadas en la concepción machadiana. No en vano, el poeta ha de hacerse eco del tiempo, muy atento al ritmo de los versos, para mejor expresarlo: «Ya en otra ocasión definiríamos la poesía como diálogo del hombre con el tiempo, y llamábamos "poeta puro" a quien lograba vaciar el suyo para entendérselas a solas con él, o casi a solas; (...). Decíamos, en suma, cuánto es la poesía palabra en el tiempo, y cómo el deber de un maestro de Poética consiste en enseñar a sus alumnos a reforzar la temporalidad de su verso» (Machado, 2006, I, p. 111).

Como apuntábamos más arriba, que Machado esté reflexionando en los años treinta sobre el tiempo, de la mano de su apócrifo Juan de Mairena, no debe hacernos pensar que sea una deriva filosófica tardía. La reflexión que don Antonio hace sobre nuestra esencial temporalidad está ya en sus primeros versos. Volvamos a *Soledades*. Aquí el agua —el tiempo— es el centro de la reflexión del poeta:

XIII
(…)
En una huerta sombría,
giraban los cangilones de la noria soñolienta.
Bajo las ramas obscuras el son del agua se oía.
Era una tarde de julio, luminosa y polvorienta.
Yo iba haciendo mi camino,
absorto en el solitario crepúsculo campesino.
Y pensaba: «Hermosa tarde, nota de lira inmensa
toda desdén y armonía;
hermosa tarde, tú curas la pobre melancolía
de ese rincón vanidoso, obscuro rincón que piensa».
Pasaba el agua rizada bajo los ojos del puente.
(…)
Yo caminaba cansado,
sintiendo la vieja angustia que hace el corazón pesado.
El agua en sombra pasaba tan melancólicamente,
bajo los arcos del puente,
como si al pasar dijera:
«Apenas desamarrada
la pobre barca, viajero, del árbol de la ribera,
se canta: no somos nada.
Donde acaba el pobre río la inmensa mar nos espera».

Bajo los ojos del puente pasaba el agua sombría.
(Yo pensaba: ¡el alma mía!)
Y me detuve un momento,
en la tarde, a meditar…
¿Qué es esta gota en el viento
que grita al mar: soy el mar?
(…)
Yo en la tarde polvorienta,
hacia la ciudad volvía.
Sonaban los cangilones de la noria soñolienta.
Bajo las ramas obscuras caer el agua se oía.

La naturaleza entera, la luz del sol en el poniente, el agua en el fluir del río, y su resbalar en la noria, todo hace meditar al poeta sobre su condición mortal, alcanzando el momento más expresivo:

¿Qué es esa gota en el viento
que grita al mar: soy el mar?

Inevitable evocar a Manrique. De manera que Machado, desde el primer momento, no hace otra cosa que asumir la propia finitud, y lo hará tratando de apresar *la realidad en la vida*. Nos lo recordará muchos años después, a través de su predilecto apócrifo: «La poesía es —decía Mairena— el diálogo del hombre, de un hombre con su tiempo. Eso es lo que el poeta pretende eternizar, sacándolo fuera del tiempo, labor difícil y que requiere mucho tiempo, casi todo el tiempo de que el poeta dispone. El poeta es un pescador, no de peces, sino de pescados vivos; entendámonos: de peces que puedan vivir después de pescados» (Machado, 2006, I, p. 121).

Esta conclusión del filósofo Machado expresa cómo la poesía no ahoga la realidad al cantarla, a diferencia de lo que hará el pensamiento lógico, que desrealizará lo real hasta el punto de convertirlo en *nada* (Machado, 2006, p. 239). Tal reflexión estaba ya, veinte años antes, en *Campos de Castilla* (1907-1917):

CXXXVI
(Proverbios y cantares)
XXXV
Hay dos modos de conciencia:
una es luz, y otra, paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;
otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.
Dime tú: ¿Cuál es mejor?
¿Conciencia de visionario

que mira en el hondo acuario
peces vivos,
fugitivos,
que no se pueden pescar,
o esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,
muertos, los peces del mar?

Frente al pensar lógico, el poeta se contenta con *alumbrar* un poquito el hondo mar, porque la realidad en su viveza, en su radical fugacidad, no se puede *pensar-pescar*.

Pero continuemos por ahora nuestro ir hacia el Machado último, el de sus apócrifos, y regresar al poeta, de los inicios, mostrando la unidad de pensamiento y poesía que en todo momento le asiste. Nos detenemos ahora en una impactante reflexión de Mairena, no exenta de fina ironía:

> «Sobre la muerte, señores, hemos de hablar poco. Sois demasiado jóvenes…Sin embargo, no estará de más que comencéis a reparar en ella como fenómeno frecuente y, al parecer, natural, y que recitéis de memoria el inmortal hexámetro de Homero *Oieper phyllon toide kai andrón*».
> Dicho en romance:
> «Como generación de las hojas, así también la de los hombres». Homero habla aquí de la muerte como un gran épico que la ve desde fuera del gran bosque humano. Pensad en que cada uno de vosotros la verá un día desde dentro, y coincidiendo con una de esas hojas. Y, por ahora, nada más» (Machado, 2006, I, p. 136).

La advertencia de Mairena a sus discípulos es elocuente: aunque aún jóvenes, no está de más ir pensando en la muerte como un hecho frecuente y natural. Intencionadamente, nos cita sólo un verso homérico, para transmitirnos la idea del tiempo, del sucederse la vida de los hombres como hojas caducas. Pero junto a la perspectiva homérica, *desde fuera*, «desde el gran bosque humano», Machado nos propondrá mirar la muerte *desde dentro* como algo que nos sucederá a cada uno de nosotros. Por eso es importante que el hombre asuma la conciencia de su fugacidad, como hojas que el viento esparce. Y lo interesante es que la propia conciencia de nuestra mortalidad, de nuestro *ser hojas*, es lo que servirá a Machado para definir lo esencial humano: sólo cuando *desde dentro* vislumbre mi *caducidad* tomaré conciencia plena de que *soy*. Y por ello, unas líneas más adelante, corregirá al padre de la filosofía moderna: «*Cogito ergo sum*, decía Descartes. Vosotros decid: «*Existo*, luego soy», por muy gedeónica que os parezca la sentencia. Y si dudáis de vuestro propio existir, apagad e idos.» (Machado, 2006, I, pp. 136-137).

Si hay algo indubitable es que soy, y que voy a morir. Conviene no olvidarlo, ni verlo desde fuera, sino asumirlo desde nuestra intimidad, con-

templar la muerte desde dentro de nosotros mismos. Pero como venimos insistiendo, esta conciencia del poetizar y de la propia condición mortal estremecía a Machado ya desde sus primeros versos:

XVIII
(*El poeta*)
Maldiciendo su destino
como Glauco, el dios marino,
mira, turbia la pupila
de llanto, el mar, que le debe su blanca virgen Scyla.
Él sabe que un Dios más fuerte
con la sustancia inmortal está jugando a la muerte,
cual niño bárbaro. Él piensa
que ha de caer como rama que sobre las aguas flota,
antes de perderse, gota
de mar, en la mar inmensa.
(…)
Y supo cuánto es la vida hecha de sed y dolor.
(…)
Con el sabio amargo dijo: Vanidad de vanidades,
todo es negra vanidad;
(…)
¡Qué hermosamente el pasado
fingía la primavera,
cuando del árbol de otoño estaba el fruto colgado,
mísero fruto podrido,
que en el hueco acibarado
guarda el gusano escondido!
¡Alma, que en vano quisiste ser más joven cada día,
Arranca tu flor, la humilde flor de la melancolía!

El poema se inicia maldiciendo la propia condición mortal. El poeta comprende que no puede vencer a la muerte; que todo es vanidad; que su vida flota, como rama empujada por la corriente del río, hacia la mar, y que todo lo cubrirá el olvido. Pero lo sorprendente será que se inicia precisamente *maldiciendo* nuestro mortal destino, para terminar exhortando a que, ante lo inevitable del envejecer, lo *aceptemos*, arrancando de nosotros *la humilde flor de la melancolía*. Éste es un rasgo que se impondrá, poco a poco, en la concepción machadiana de la muerte.

Otras veces, no es sólo melancolía lo que asalta al poeta, sino hastío (LV) y hasta el deseo de morir (LVI). En *Soledades* encontraremos una suerte de homenaje a Jorge Manrique, uno de sus poetas admirados. El siguiente poema ensalza la sabiduría de Manrique, advirtiéndonos de que, aunque dulce, el *ciego vivir* es una estrategia vital errada. Por otra parte, a pesar del miedo a morir, hay gran placer en llegar, porque significa que se

ha vivido; y gran penar al preguntarnos si hemos de volver, al descubrir que de la muerte ya nadie regresa:

LVII
(Glosa)
Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar,
que es el morir. ¡Gran cantar!
Entre los poetas míos
tiene Manrique un altar.
Dulce gozo de vivir:
mala ciencia del pasar,
ciego huir a la mar.
Tras el pavor del morir
está el placer de llegar.
¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar!

Sin embargo, haríamos una interpretación sesgada si creyéramos que Machado se encierra definitivamente en este dolor, y que su pensamiento poético se oscurece con los nubarrones del pesimismo metafísico. El poeta reconoce la gran verdad anunciada por Manrique, pero de ello no se deriva una angustiosa concepción de la existencia, aunque sí cierta *melancolía*, acompañada de una serena aceptación (Sesé, 1980, 208), no desprovista de esperanza, ni de incertidumbre, contrastando con la rebeldía unamuniana, con su agónica negativa a morir del todo[VI].

Volviendo a la poesía, nos dirá Machado, en la vida siempre hay dolor, como el que producen la soledad, o el fracaso del amor, pero se resistirá a darle alas:

LXVIII
Llamó a mi corazón, un claro día,
con perfume de jazmín, el viento.
-A cambio de este aroma,
todo el aroma de tus rosas quiero.
-No tengo rosas; flores
en mi jardín no hay ya: todas han muerto.
Me llevaré los llantos de las fuentes,
las hojas amarillas y los mustios pétalos.
Y el viento huyó…Mi corazón sangraba…
Alma, ¿qué has hecho de tu pobre huerto?

El poeta siente la profunda soledad de sí mismo: todas las flores de su jardín han muerto. Y hasta el viento arranca los últimos pétalos mustios. Desolado, el corazón sangra. Sin embargo, es llamativo que inmediata-

mente después Machado nos ofrezca otro poema bien elocuente de su talante existencial, de su negativa a instalarse en el llanto:

LXIX
Hoy buscarás en vano
a tu dolor consuelo.
Lleváronse tus hadas
el lino de tus sueños.
Está la fuente muda,
y está marchito el huerto.
Hoy sólo quedan lágrimas
para llorar. No hay que llorar, ¡silencio!

Se trata, sin duda, de una lucha interior del poeta con su propia desolación. Hay momentos de angustia en los que el aguijón que le acompaña desde que era niño, se acentúa (Machado, 2006, I, pp. 241-242); e incluso hay otros de arrebatada y errada búsqueda, que nos recuerdan los versos ya citados:

Dulce gozo de vivir:
mala ciencia del pasar,
ciego huir a la mar.

Y, sin embargo, Machado no se refugia en tan errática negrura, sino que tomará distancia con tan vana actitud para disipar su tristeza:

LXXV
Yo, como Anacreonte, quiero cantar, reír y echar al viento
las sabias amarguras
y los graves consejos,
y quiero, sobre todo, emborracharme,
ya lo sabéis…¡Grotesco!
Pura fe en el morir, pobre alegría
y macabro danzar antes de tiempo.

De manera que Machado, desde sus más tempranos poemas, tiene al *tempus fugit* y a la muerte bien presentes, en tanto ingredientes esenciales de la vida, y que interrogan cada uno de nuestros actos. Sin embargo, aun habiendo tenido la tentación de suicidio, como confiesa a Unamuno tras la muerte de Leonor, desestima todo ciego huir a la mar. En cualquier caso, la muerte marca un término natural a la vida, que la cuestiona hondamente a cada instante. Por ello mismo, su apócrifo Mairena se mostrará, años después, muy crítico con Epicuro y su célebre tesis:

> «De la muerte decía Epicuro que es algo que no debemos temer, porque *mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos*. Con este razonamiento, verdaderamente aplastante -decía Mairena- pensamos saltarnos la muerte a la torera, con helénica agilidad de pensamiento. Sin embargo -el *sin embargo* de Mairena era siempre la nota del bordón de la guitarra de sus reflexiones- eso de saltarse la muerte a la torera no es tan fácil como pare-

ce, ni aun con la ayuda de Epicuro, porque en todo salto propiamente dicho la muerte salta con nosotros. Y esto lo saben los toreros mejor que nadie.» (Machado, 2006, I, p. 197).

El razonamiento de Epicuro es, pues, inútil y hasta puede resultar cómico, con su cabriola sutil, tratando de esquivar la problemática. Imposible, dirá Machado. La muerte nos acompaña siempre y examina, a cada instante, a nuestro vivir, cercado de finitud, pues, como decía Ortega, tenemos los días contados. Por ello mismo, insistirá en que no estamos ante un asunto meramente *teórico*, que bastaría *pensar*, sino más bien que hay que *sentir y vivir cada uno*, de modo personalísimo, y, en suma, que acaso se deje *poetizar*:

«Nunca os he hablado de la muerte -decía Mairena a sus alumnos- porque, si bien es cierto que con este tema se ha hecho enorme gasto de retórica, el tema mismo es, a mi juicio, antirretórico. La retórica nos enseña a hablar para los demás, y es arte que se relaciona con otros de índole semejante: la lógica, la sofística, la poética, etc. Pero la muerte es un tema de la mónada humana, de la autosuficiente e inalterable intimidad del hombre. Es tema que se vive más que se piensa; mejor diremos que apenas hay modo de pensarlo sin desvivirlo. Es tema de poesía, o más bien de poetas.» (Machado, 2006, I, p. 199).

A fin de cuentas, como decíamos, la cuestión de la *muerte* nos remite a *la vida como problema*. La crítica a Epicuro radicará precisamente aquí. Y por ello la referencia no será el griego, sino, una vez más, nuestro Jorge Manrique, que le servirá de contrapunto crítico para las ingeniosas piruetas de aquel:

«Aunque nuestro pensamiento pueda saltar de Cádiz al Puerto y del Puerto a Singapur, es evidente de toda evidencia que nadie que viva en Chiclana puede morirse en Chipiona. De esto que os digo estoy completamente seguro. Y no creáis que abundan las verdades de este calibre. La muerte va con nosotros, nos acompaña en vida; ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo. Y no está mal que la imaginemos como nuestra propia notomía, o esqueleto que llevamos dentro, siempre que comprendamos el valor simbólico de esta representación. Y aunque creamos -¿por qué no?- en la dualidad de substancias, no hemos de negar por eso nuestro trato con Ella mientras vivimos -como hace Epicuro, si mi cita no es equivocada-, ni el respeto que debe inspirarnos tan fiel compañera. Nuestro don Jorge Manrique la hizo hablar con las palabras más graves de nuestra lengua, en aquellos sus versos inmortales:

…Buen caballero,
dejad el mundo afanoso
y su halago;
muestre su esfuerzo famoso
vuestro corazón de acero
en este trago.

Y antes de que hablemos de la inmortalidad -tema ya más retórico- meditad en lo que llevan dentro estas palabras de don Jorge, y en cuán lejos estamos con ellas del manido silogismo de las escuelas, y de las chuflas dialécticas de los epicúreos.» (Machado, 2006, I, p, 200).

De manera que nuestra esencial temporalidad nos aguijonea. Pero el

hablar sobre la muerte exige una *lógica distinta* a la del pensador que arroja moribundo el pez a la arena. Por ello mismo, sin abandonar su fino humor, nos dirá que es tema de poetas: «Sin el tiempo, esa invención de Satanás, sin ese que llamó mi maestro «engendro de Luzbel en su caída», el mundo perdería la angustia de la espera y el consuelo de la esperanza. Y el diablo ya no tendría nada que hacer. Y los poetas tampoco» (Machado, 2006, p. 202). Ya lo vimos más arriba: el pensar lógico rasura, elimina la particularidad, el matiz, tan esencial, no obstante, en un tema personalísimo como el de la vivencia de la muerte. Por ello, afirmará la necesidad de afrontar lo real no sólo con la mirada lógica, sino también *poética*, integradora, asumiendo la radical *heterogeneidad del ser*:

> «En nuestra lógica -habla Mairena a sus alumnos- no se trata de poner el pensamiento de acuerdo consigo mismo, lo que, para nosotros, carece de sentido; pero sí de ponerlo en contacto o en relación con todo lo demás. (…) En nuestra lógica tampoco ha de aprovecharnos el principio de contradicción, o de no contradicción, que llaman otros. (…) Nuestra lógica pretende ser la de un pensar poético, heterogeneizante, inventor o descubridor de lo real.» (Machado, 2006, I, pp. 206-207).

En este contexto no nos sorprenderá la admiración que Machado profesó tardíamente hacia la filosofía de Heidegger y su metafísica, fundamentada en el tiempo, y más poemática que filosófica (Machado, 2006, p. 263). Pero volvamos al joven poeta, al de *Soledades*, atravesado por el desasosiego, la angustia, y la búsqueda, a pesar del dolor, de un *sentido* de la existencia. En LXXVII, que treinta años después citará con ocasión de mostrar su sintonía con Heidegger (Machado, 2006, II, p. *8*7-99), leemos:

I
Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando, digo:
-Sí, yo era niño, y tú, mi compañera.
II
Y no es verdad, dolor, yo te conozco,
tú eres nostalgia de la vida buena
y soledad de corazón sombrío,
de barco sin naufragio y sin estrella.
Como perro olvidado que no tiene
huella ni olfato y yerra
por los caminos, sin camino, como
el niño que en la noche de una fiesta
se pierde entre el gentío

y el aire polvoriento y las candelas
chispeantes, atónito y asombra
su corazón de música y de pena,
así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños,
siempre buscando a Dios entre la niebla.

Estamos, sin duda, ante una emoción honda, profunda, de angustia, al sentirse perdido, y, a un tiempo, *siempre buscando a Dios entre la niebla*. La necesidad de *sentido*, la sed de Dios, acompañan a Machado desde bien niño. Es un rasgo de la personalidad que nos acerca a comprender también su admiración y amistad con el maestro Unamuno. Las preguntas filosóficas, existenciales, brotan de la experiencia *interior* de un tiempo que, abocado a la *mar*, resuenan muy hondas en lo profundo del alma machadiana:

LXXVIII
¿Y ha de morir contigo el mundo mago
donde guarda el recuerdo
los hálitos más puros de la vida,
la blanca sombra del amor primero,
la voz que fue a tu corazón, la mano
que tú querías retener en sueños,
y todos los amores
que llegaron al alma, al hondo cielo?
¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo,
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento?

Es, éste, sin duda, uno de los mejores poemas de Machado, como ha dicho también Francisco Ayala, para quien su poética brota del genial enlace entre inmersión meditativa y emoción, por lo que Machado es indiscutiblemente poeta-filósofo (Ayala, 1979, pp. 383-389). Pero lo importante será, para nuestro tema, que nos deja constancia de su *incesante búsqueda*:

LXXIX
Desnuda está la tierra,
y el alma aúlla al horizonte pálido
como loba famélica. ¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?
Amargo caminar, porque el camino
pesa en el corazón. ¡El viento helado,
y la noche que llega, y la amargura
de la distancia!...En el camino blanco
algunos yertos árboles negrean;
en los montes lejanos
hay oro y sangre…El sol murió…¿Qué buscas,
poeta, en el ocaso?

Queremos insistir, por tanto, en que Machado no transmuta en filósofo tardíamente, sino que ya participa del *pathos* filosófico desde las primeras composiciones. El dolor lo cerca hasta el límite, pero, al mismo tiempo, hay en él la *nostalgia de un remanso*, que desde muy pronto identificará con el amor materno; serán la cruz y la cara del itinerario del alma machadiana. Así, el sufrimiento llegará hasta la cima más alta cuando la vida se le presente como un total derribo:

LXXXVI
Eran ayer mis dolores
como gusanos de seda
que iban labrando capullos;
hoy son mariposas negras.
¡De cuántas flores amargas
he sacado blanca cera!
¡Oh, tiempo en que mis pesares
trabajaban como abejas!
Hoy son como avenas locas,
o cizaña en sementera,
como tizón en espiga,
como carcoma en madera.
¡Oh, tiempo en que mis dolores
tenían lágrimas buenas,
y eran como agua de noria
que van regando una huerta!
Hoy son agua de torrente
que arranca limo a la tierra.
Dolores que ayer hicieron
de mi corazón colmena,
hoy tratan mi corazón
como a una muralla vieja:
quieren derribarlo, y pronto,
al golpe de la piqueta.

Pero henos aquí que Machado vuelve a mostrarnos que no se instala en el lado oscuro de la vida, que no se aferra a su negatividad (cfr. Fernández, 1971, pp. 238-273). Porque la experiencia vital del amor materno también labora en las profundidades del alma, de donde extraerá la fuerza suficiente para seguir esperando. Fijémonos que, significativamente, el poema lleva título, algo que sólo encontraremos en contadas ocasiones, y observemos su importancia para nuestro tema:

LXXXVII
(*Renacimiento*)
I
Galerías del alma…¡El alma niña!
Su clara luz risueña;

y la pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva…
¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!
Y volver a sentir en nuestra mano,
aquel latido de la mano buena
de nuestra madre…Y caminar en sueños
por amor de la mano que nos lleva.
II
En nuestras almas todo
por misteriosa mano se gobierna.
Incomprensibles, mudas,
nada sabemos de las almas nuestras.
Las más hondas palabras
del sabio nos enseñan,
lo que el silbar del viento cuando sopla,
o el sonar de las aguas cuando ruedan.

Sorprende que el poema vaya justo a continuación del antecitado. El corazón se parece a una muralla vieja que quisieran derribar a golpes, y entonces brotan el *recuerdo*, el *anhelo* de no sentirse perdidos, evocando el dulce y confiado amor materno. Así, *nada sabemos de las almas nuestras*, porque en ella conviven, misteriosamente, ambas vivencias. La sensación que nos brinda el paralelismo de las sabias palabras con el silbido del viento, o el rumor del agua, nos conmueve, pero parece quedar en lo *exterior*, comparado con lo impenetrable y misterioso de nuestro *interior*.

En cualquier caso, hay una experiencia dolorosa de la temporalidad, del *tempus fugit*, en el Machado de *Soledades* (1907-1917). En parte, este dolor o angustia lo produce la conciencia de haber consumido la mitad de la vida; y en parte, el ser testigo de que el paso del tiempo transcurre *indiferente*, como resbala el agua por la piedra. Volveremos sobre esta idea. Con estos dos poemas se cierra el libro. La conciencia del poeta se verá asaltada de nuevo por las ideas filosóficas, como las del paso del tiempo y de la muerte, justo al hacer balance de su vida. Esta presencia de lo filosófico cobra tal dimensión, a veces, que arremete contra él y le impide cantar, o así lo cree o teme el poeta. Pero sabemos que no será definitivamente así. El primero expresa cierto abatimiento o debilitamiento del canto, que parece dejar paso al hombre reflexivo, que ha perdido la juventud y siente mermada la capacidad de emocionarse propia del otrora joven poeta.

El segundo plasmará la *indiferencia* del paso del tiempo, simbolizada en el correr del agua. Veámoslos:

XCV
(*Coplas mundanas*)
Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo trasnochado,
tengo en monedas de cobre
el oro de ayer cambiado.
Sin placer y sin fortuna,
pasó como una quimera
mi juventud, la primera…
la sola, no hay más que una:
la de dentro es la de fuera.
Pasó como un torbellino,
bohemia y aborrascada,
harta de coplas y de vino,
mi juventud bien amada.
Y hoy miro a las galerías
del recuerdo, para hacer
aleluyas de elegías
desconsoladas de ayer.
¡Adiós, lágrimas cantoras,
lágrimas que alegremente
brotabais, como en la fuente
las limpias aguas sonoras!
¡Buenas lágrimas vertidas
por un amor juvenil,
cual frescas lluvias caídas
sobre los campos de abril!
No canta ya el ruiseñor
de cierta noche serena;
sanamos del mal de amor
que sabe llorar sin pena.
Poeta ayer, hoy triste y pobre
filósofo trasnochado,
tengo en monedas de cobre
el oro de ayer cambiado.

Más que la constatación de la pérdida de inspiración, el poema se hace eco del paso del tiempo y del peso que atempera su otrora impetuosa y joven emoción cantora. El poeta manifiesta el dolor por la *pérdida*, sin retorno, de la juventud, lamentando la fugacidad con la que se marcharon sus años mozos: pasó como un torbellino, como una quimera. Y al final, el joven cantor se ha convertido en un apesadumbrado filósofo, cercada por ideas su capacidad de emocionarse, meditador testigo del doloroso devenir temporal. Y no por casualidad, el último poema, con el que cierra *Soledades*, enfatiza lo escurridizo del vivir, pero también la absoluta *indiferencia*[VIII] del tiempo que, tan callando, escapa:

XCVI
(*Sol de invierno*)
Es mediodía. Un parque.
Invierno. Blancas sendas;
simétricos montículos
y ramas esqueléticas.
Bajo el invernadero,
Naranjos en maceta,
y en su tonel, pintado
de verde, la palmera.
Un viejecillo dice,
para su capa vieja:
«El sol, esta hermosura
de sol!...» Los niños juegan.
El agua de la fuente
resbala, corre y sueña
lamiendo, casi muda,
la verdinosa piedra.

Pero el poeta Antonio Machado sigue escribiendo. Se inicia una nueva etapa personal, creadora, con *Campos de Castilla* (1907-1917). El arranque del libro no puede ser más oportuno, pues Machado, con voz sabia y serena, afronta su humana condición mortal, no exenta de esperanza e interior paz:

XCVII
(*Retrato*)
(…)
Desdeño las romanzas de los tenores huecos
y el coro de los grillos que cantan a la luna.
A distinguir me paro las voces de los ecos,
y escucho solamente, entre las voces, una.
(…)
Converso con el hombre que siempre va conmigo
-quien habla solo espera hablar a Dios un día-;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.
Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.
Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

El final del poema nos devuelve a nuestro tema. Lejos parece haber quedado aquella angustia, aquella experiencia dolorosísima del paso del tiempo, que hemos visto en *Soledades*. Ahora el poeta afronta su destino

mortal, tal vez desde la perspectiva de *quien habla solo espera hablar a Dios un día*, pero también del que ha alcanzado un *saber de lo esencial*, capaz de distinguir las *voces* de los *ecos*, y se encuentra bien dispuesto ya, cuando llegue su hora, de acompañar a Caronte, *ligero de equipaje*. Hay, pues, en estos versos, no sólo una perfecta descripción del alma machadiana, sino todo un *proyecto* para vivir con sencillez y morir en paz, y con esperanza.

En *Campos de Castilla* encontramos el alma del poeta seducida, extasiada por el paisaje, o por Soria; otras veces, indignada por la maldad humana, como en la historia de la muerte de Alvargonzález a manos de la codicia de sus hijos (Láscaris, 1961, 213-229). Pero no podemos obviar el que será un golpe decisivo en su vida: la muerte de Leonor, su joven esposa, en 1912. El dolor es inevitable, y, sin embargo, entabla un diálogo con Dios, desde la incomprensión de aquella muerte, mas con la esperanza de *que no todo se lo trague la tierra*:

CXIX
Señor, ya me arrancaste lo que yo más quería.
Oye otra vez, Dios mío, mi corazón clamar.
Tu voluntad se hizo, Señor, contra la mía.
Señor, ya estamos solos mi corazón y el mar.

La muerte irrumpió en su vida, *indiferente* al poeta, sin pedir permiso alguno, arrebatándole a la joven esposa:

CXXIII
Una noche de verano
-estaba abierto el balcón
y la puerta de mi casa-
la muerte en mi casa entró.
Se fue acercando a su lecho
-ni siquiera me miró-
con unos dedos muy finos,
algo muy tenue rompió.
Silenciosa y sin mirarme,
la muerte otra vez pasó
delante de mí. ¿Qué has hecho?
La muerte no respondió.
Mi niña quedó tranquila,
dolido mi corazón.
¡Ay, lo que la muerte ha roto
era un hilo entre los dos!

El hilo de la vida que unía a Machado con Leonor ya no existe. Y al poeta sólo le queda soñarla y esperar, acaso algún día, reencontrarse con ella.

Tres poemas *consecutivos* insistirán en la misma idea:

CXX
Dice la esperanza: un día
la verás, si bien esperas.
Dice la desesperanza:
sólo tu amargura es ella.
Late, corazón…No todo
se lo ha tragado la tierra.

CXXI
Allá, en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando, en sueños…
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

CXXII
Soñé que tú me llevabas
por una blanca vereda,
en medio del campo verde,
hacia el azul de las sierras,
hacia los montes azules,
una mañana serena.
Sentí tu mano en la mía,
tu mano de compañera,
tu voz de niña en mi oído
como una campana nueva,
como una campana virgen
de un alba de primavera.
¡Era tu voz y tu mano,
en sueños tan verdaderas!...
Vive, esperanza, ¡quién sabe
lo que se traga la tierra!

Y esta esperanza se mantiene viva en Machado. Han pasado unos meses, tan sólo, de la muerte de Leonor, y renace la primavera, símbolo para Machado del triunfo de la vida, alimentando su esperanza de un futuro reencuentro con ella:

CXXIV
Con el ciruelo en flor y el campo verde,

con el glauco vapor de la ribera,
en torno de las ramas,
con las primeras zarzas que blanquean,
con este dulce soplo
que triunfa de la muerte y de la piedra,
esta amargura que me ahoga fluye
en esperanza de Ella…

Don Antonio, que parece haber superado el dolor *de la pérdida*; reconciliado ya con él, lo guarda en su corazón, *en esperanza de Ella*. Y precisamente con semejante estado de ánimo, de melancólica familiaridad con la muerte, tal como también lo retratara Juan Ramón[VII], compondrá uno de los poemas más comentados y bellos. Desde Baeza, escribirá a Palacio, en Soria, para que suba al cementerio donde yace el cuerpo de Leonor, al Espino, *donde está su tierra*. Obsérvese la intencionada ambigüedad del poeta, haciendo también partícipe de la primavera -la primera desde su muerte- al pétreo lugar destinado a su memoria[VIII]:

CXXVI
Palacio, buen amigo,
¿está la primavera
vistiendo ya las ramas de los chopos
del río y los caminos? En la estepa
del alto Duero, Primavera tarda,
¡pero es tan bella y dulce cuando llega!...
¿Tienen los viejos olmos
algunas hojas nuevas?
Aun las acacias estarán desnudas
y nevados los montes de las sierras.
Oh, mole del Moncayo blanca y rosa,
allá, en el cielo de Aragón, tan bella!
¿Hay zarzas florecidas
entre las grises peñas,
y blancas margaritas
entre la fina hierba?
Por esos campanarios
ya habrán ido llegando las cigüeñas.
Habrá trigales verdes,
y mulas pardas en las sementeras,
y labriegos que siembran los tardíos
con las lluvias de abril. Ya las abejas
libarán del tomillo y el romero.
¿Hay ciruelos en flor? ¿Quedan violetas?
Furtivos cazadores, los reclamos
de la perdiz bajo las capas luengas,
no faltarán. Palacio, buen amigo,
¿tienen ya ruiseñores las riberas?

Con los primeros lirios
y las primeras rosas de las huertas,
en una tarde azul, sube al Espino,
al alto Espino donde está su tierra…

Pero, aunque ha asumido lo inevitable de la muerte de Leonor, la soledad y el sentimiento del veloz paso del tiempo no amainan; antes al contrario, se acrecientan, como en el siguiente poema, en el que nuestro poeta viaja asomado a la ventanilla del tren, mientras medita sobre su vida de ayer y la soledad de hoy:

CXXVII
(*Otro viaje*)
Entre nubarrones blancos,
oro y grana;
la niebla de la mañana
huyendo por los barrancos.
¡Este insomne sueño mío!
Este frío
de un amanecer en vela!...
Resonante,
jadeante,
marcha el tren. El campo vuela.
(…)
Yo contemplo mi equipaje,
mi viejo saco de cuero;
y recuerdo otro viaje
hacia las tierras del Duero.
Otro viaje de ayer
por la tierra castellana,
-¡pinos del amanecer
entre Almazán y Quintana!-
¡Y alegría
de un viajar en compañía!
¡Y la unión
que ha roto la muerte un día!
¡Mano fría
que aprietas mi corazón!
Tren, camina, silba, humea,
acarrea
tu ejército de vagones,
ajetrea
maletas y corazones.
Soledad,
sequedad.
Tan pobre me estoy quedando,
que ya ni siquiera estoy
conmigo, ni sé si voy
conmigo a solas viajando.

Tras la pérdida de Leonor, la *soledad-sequedad* hará más acuciante el *tempus fugit*, un tiempo indiferente y frío, que golpea al poeta, que percibirá su tiempo interior —en alusión a Bergson— como un *viajar hacia la muerte*:

CXXVIII
Clarea
el reloj arrinconado,
y su tic-tac, olvidado
por repetido, golpea.
Tic-tic, tic-tic…Ya te he oído.
Tic-tic, tic-tic…Siempre igual,
monótono y aburrido.
Tic-tic, tic-tic, el latido
de un corazón de metal.
En estos pueblos, ¿se escucha
el latir del tiempo? No.
En estos pueblos se lucha
sin tregua con el reló,
con esa monotonía,
que mide un tiempo vacío.
Pero ¿tu hora es la mía?
¿Tu tiempo, reloj, el mío?
(Tic-tic, tic-tic)…Era un día
(tic-tic, tic-tic) que pasó,
y lo que yo más quería
la muerte se lo llevó.
(…)
¿Todo es
soledad de soledades,
vanidad de vanidades,
que dijo el Eclesiastés?
(…)
Tic-tic., tic-tic…Ya pasó
un día como otro día,
dice la monotonía
del reló.
Sobre mi mesa *Los datos*
de la conciencia, inmediatos.
No está mal
este yo fundamental,
contingente y libre, a ratos,
creativo, original;
este yo que vive y siente
dentro la carne mortal
¡ay! por saltar impaciente
las bardas de su corral.

Los datos de la conciencia de Bergson le dará la clave a Machado para diferenciar ese tiempo externo, objetivo del reloj, del otro tiempo interno,

subjetivo —y aquí vacío— del corazón.

Sin embargo, Machado no se recrea en la tristeza. Así, por ejemplo, en un escenario muy distinto, en *Saeta* (CXXX) insistirá en que el Jesús de la agonía, el Jesús del madero, *el de sus mayores*, no es el suyo, sino *el que anduvo en el mar*, con toda la simbología que encierra en Machado[IX].

El tema de la muerte propicia, por tanto, no perder de vista la trascendencia del vivir. A fin de cuentas, ella nos acompaña y nos interroga siempre. Y aunque el transcurrir del tiempo nos produzca angustia, o inquietud, no lo es tanto por la posible desaparición del *yo*, como lo será en el antisenequista Unamuno[X], sino porque cuestionará todo lo que aquí hacemos. De manera que, para Machado, qué haya *en la otra orilla* es un *misterio*. Pero, en cualquier caso, el tránsito que representa el morir problematiza nuestro vivir aquí. Porque cuando subamos a la barca de Caronte nos *llevaremos* lo que hayamos *vivido*. Y esto es lo que le da trascendencia al *hecho* de morir. Tal es el verdadero problema: cómo hemos vivido, porque una vez que hayamos muerto, ya no habrá vuelta atrás, ni modo de rectificar o desandar lo andado.

Con dramatismo, aunque no exento de fino humor, plasmará esta idea en *Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido*. El problema será el acervo de nuestras acciones, que conformará nuestro equipaje: si hicimos bien, bien; si mal, mal; si nada, nada, como don Guido:

Murió don Guido, un señor
de mozo muy jaranero,
muy galán y algo torero;
(…)
Hoy nos dice la campana
que han de llevarse mañana
al buen don Guido, muy serio,
camino del cementerio.
Buen don Guido, ya eres ido
y para siempre jamás…
Alguien dirá: ¿Qué dejaste?
Yo pregunto: ¿Qué llevaste
al mundo donde hoy estás?
¿Tu amor a los alamares
y a las sedas y a los oros
y a la sangre de los toros
y al humo de los altares?
Buen don Guido y equipaje,
¡buen viaje!...
El acá

y el allá,
caballero,
se ven en tu rostro marchito,
lo infinito:
cero, cero.

En este caminar que es el vivir, la idea de la muerte como tránsito, hacia el ignoto más allá, estará presente en otros poemas. Y Machado insistirá en la idea del *dejar aquí* y *llevar allí*. Lo importante, en definitiva, será *lo que vivimos*, *lo que dejamos*, pues sobre lo que habrá en la otra orilla reina el *misterio*. Pero *qué* y *cómo* hemos vivido colmará de plenitud o de vacío nuestras vidas. Por ello, su afán de distinguir siempre lo *esencial* de lo *superfluo*, las *voces* de los *ecos*, y de partir, al fin, *ligero de equipaje*.

Como decíamos, a diferencia de Unamuno, no estará nuestro poeta angustiado por la *posible* desaparición o pervivencia del *yo*, pues sobre ese más allá del morir reina la incertidumbre, el misterio; lo que le inquietará no será sino la posibilidad en vida de ser *otro mejor que el que soy*[X]; es decir, *vivir bien*, porque esto es lo que otorgará al *vivir* y al *morir* plenitud de sentido.

En cuanto a la vida más allá de la muerte, y tal vez porque confiaba en su *posibilidad*, o al menos, creía en el *misterio*, esta fe vedaba lo agónico, que atenazaba a Unamuno. Así lo creemos nosotros. En nuestro poeta hay una esperanza en Dios, rodeada de todas las incertidumbres que se quieran[XXIV] aunque, por supuesto, no atormentada, como en Unamuno. Ahora bien, aun sin certeza ni demostración posible, don Antonio se confiesa *siempre buscando a Dios entre la niebla*[XI]. Y esa incertidumbre parece alentar su confianza y esperanza en la posibilidad de no morir del todo y de reencontrarse algún día con los seres queridos. Esto enlazará también con su fe-esperanza en que aquellos que han vivido *bien* no se pierdan para siempre en la noche total. Tal vez por ello proyecte su mirada sobre la muerte con *melancolía*, sí, por la vida y los seres que se dejan atrás, pero no con angustia.

Insistamos: que *la otra orilla* sea un *misterio* se enlaza, en nuestro poeta, con una *fe posible*. Y tal vez todo ello redunde en su modo -sereno- de afrontar la muerte. Machado tiene muy presente aquí los límites del conocimiento señalados por Kant, pues ni hay modo de probar un *sí* ni tampoco un *no*, dejando un espacio a la *fe*. En *Proverbios y cantares*, CXXXVI encontramos reflexiones en verso dignas de ser tenidas en cuenta. Por una parte, Machado no parece preocupado por inmortalizarse en su obra:

I
Nunca perseguí la gloria

ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;

Por otra, sobre los límites del conocimiento leemos:

XV
Cantad conmigo, en coro: Saber, nada sabemos,
del arcano mar vinimos, a ignota mar iremos…
Y entre los dos misterios está el enigma grave;
tres arcas cierra una desconocida llave.
La luz nada ilumina y el sabio nada enseña.
¿Qué dice la palabra? ¿Qué el agua de la peña?

Esa incertidumbre, esos límites, nos permitirán plantear el *misterio de la vida*, el *misterio de la muerte*, y, en medio, formular la pregunta por el *enigma grave*, Dios. Este enigma es expresado también a través de la referencia a la idea del sueño, en el doble sentido de ensoñación o recreación soñada, y de desear-soñar a Dios:

XXI
Ayer soñé que veía
a Dios y que a Dios hablaba;
y soñé que Dios me oía…
Después soñé que soñaba.

¿Cuál de los dos sentidos es el otorgado por el poeta? La pregunta queda suspendida en el aire.

Por otra parte, el mundo, desde la perspectiva machadiana, y en esto también como en Unamuno, tiene un valor relativo. Ya conocemos su antipragmatismo y su sencillez moral:

XXXVII
¿Dónde está la utilidad
de nuestras utilidades?
Volvamos a la verdad:
vanidad de vanidades.

A fin de cuentas, lo único importante es *lo que da sentido a la vida*. Y aquí nos encontramos con dos grandes temas: Dios y la muerte. Insistamos: a Machado le preocupa la muerte no en tanto que problema de la perduración del yo individualísimo, el yo de cada cual, como en Unamuno, sino más bien que si todo acaba en muerte, nuestra vida misma no habría valido gran cosa, pue todo lo que hicimos en ella se habrá perdido también y definitivamente en el *mar*. No es tanto la perduración del *yo como tal* lo que inquieta a Machado, sino la posibilidad de que lo que un día vivimos e hicimos quede sepultado para siempre en el mar de la nada absoluta, vaciando de cualquier valor y sentido a todo vivir. Y por ello, creemos que para él

es tan importante albergar la fe, por incierta y misteriosa que sea, en que *no todo se lo ha tragado la tierra*, pues sólo así *esta vida, la que vivimos aquí* (lo que *dejamos* y *llevamos*), ganará plena sustancialidad y sentido. Y lo mismo nuestro *morir* que cobrará plenitud y sentido en aras de nuestro *vivir*. Ahora comprendemos que la gota del río se pregunte si ella es también mar. Y se entiende también que, comparado con el vano problema de la utilidad, muy otras sean las grandes cuestiones que de verdad inquietan (o deberían inquietar) al ser humano, según Machado[XII]:

XXVIII
Todo hombre tiene dos
batallas que pelear:
en sueños lucha con Dios;
y despierto, con el mar.

Nuestro poeta es consciente de que la vida transcurre sin plan trazado, sino que es cada cual quien ha de proyectarlo; pero, al mismo tiempo, todo proyecto tiene un carácter *efímero*, y al igual que sucede con la pompa de jabón, así pasará con nuestro *caminar-vivir*, que se quebrará evaporándose a poco que vayamos viviendo, sin vuelta atrás posible:

XXIX
Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino,
se hace camino al andar
Al andar se hace camino,
y al volver la vista atrás
se ve la senda que nunca
se ha de volver a pisar.
Caminante, no hay camino,
sino estelas en la mar.

Y esta es la realidad que hemos de tener presente en el vivir. De aquí la importancia de relativizar lo no importante. Y por eso también su crítica a aquellos que pretenden descubrirnos lo que no es sino *vano saber*, y que no encierra en realidad *nada*:

XIX
El casca-nueces-vacías,
Colón de cien vanidades,
vive de supercherías
que vende como verdades.

Y, por ello, en todo momento habrá en el alma machadiana una búsqueda de lo esencial, una lucha interior consigo mismo:

XXIII
No extrañéis, dulces amigos,

que esté mi frente arrugada;
yo vivo en paz con los hombres
y en guerra con mis entrañas.

Hay siempre en Machado un sano escepticismo, un reconocimiento de los *límites* (al modo kantiano) del saber. Y esto porque asistimos a una pugna, como también en Unamuno, entre lo que la razón puede y aquello a lo que aspira y no alcanza. *Razón* y *vida* se enfrentan en no pocos poemas. Pero es importante reparar que Machado insiste siempre en que el racionalista tiene *fe en la razón*, que es una fe nihilista (Machado, 2006, I, p. 236), y que su mundo también es *apócrifo* (cfr., Machado, 2006, I, pp.1 95-196; Abellán, 1979, pp. 77-83) , enfrentándose, al fin, *una fe y otra*, sin posibilidad alguna de decidirse racionalmente por ninguna. En este contexto, se suceden poemas breves que reflexionan sobre esta temática. Así, por ejemplo, cuando no se quiere dar todo el crédito al saber, y ello, ya lo hemos apuntado, porque Machado no pierde de vista sus *límites*. Porque es un saber que, aunque limitado —nos lo ha dicho en otros momentos— acaba ensombreciendo la vida. Y por eso sólo un *nuevo corazón*, un nuevo alumbramiento, será una nueva plenitud, algo que, en cambio, el conocimiento no logra, sino que más bien opera en sentido inverso, disecándolo, vaciándolo todo de vida:

XXX
Corazón, ayer sonoro,
¿ya no suena
tu monedilla de oro?
Tu alcancía,
antes que el tiempo la rompa,
¿se irá quedando vacía?
Confiemos
en que no será verdad
nada de lo que sabemos.
XXXIII
¡Oh fe del meditabundo!
¡Oh fe después del pensar!
Sólo si viene un corazón al mundo
rebosa el vaso humano y se hincha el mar.

Machado insistirá en la importancia de la incertidumbre, del misterio. Y esto tiene que ver con la imposible experiencia de la muerte, con lo necesario *a priori* de nuestro hablar de ella (Machado, 2006, I, p. 346), que proyecta su luz sobre la vida. De aquí la importancia del tener los ojos bien abiertos, de *vivir atentos*, conscientes del sentido de lo que hacemos, una vez más, porque algún día nos llegará también nuestra hora. De aquí poemas

como éste:

XXXIV
Yo amo a Jesús, que nos dijo:
Cielo y tierra pasarán.
Cuando cielo y tierra pasen
mi palabra quedará.
¿Cuál fue, Jesús, tu palabra?
¿Amor? ¿Perdón? ¿Caridad?
Todas tus palabras fueron
una palabra: Velad.

Lo que *dejamos llevamos* en ese tránsito hacia *la otra orilla*. ¿Qué habrá, qué nos espera? *Misterio*; no podemos saberlo: *a ignota mar iremos*. Pero de llevarnos algo sólo será lo que *dejamos* en esta vida: si miseria, miseria; si amor, amor; si sentido, sentido; si absurdo, absurdo, si cero, cero (Don Guido). Comprendemos ahora su crítica a Epicuro. Del mismo modo, la importancia del *velad*, la enseñanza fundamental del Cristo; pero también lo esencial de la actitud socrática, en la búsqueda sincera de la verdad. Por ello, nos dirá Machado, si prescindimos de las enseñanzas del Cristo y de Sócrates, ¿con qué vamos a quedarnos para armar la vida?[XIII]

Nuestro poeta comprende que la *actitud existencial fundamental* es la del *velad*: la del *vivir atentos* (Machado, 2006, p. 144), sabiendo en todo momento que, aunque incierto, algún día emprenderemos el viaje definitivo. Y esto implicará cuestionarlo todo: lo esencial y los límites de nuestro saber. Es justo aquí donde Machado escribirá ese poema extraordinario sobre las dos formas de conciencia: la que interviene en la realidad, *desrealizando* lo real, y la que reconoce que *apenas si podemos alumbrar el hondo mar*:

XXXV
Hay dos modos de conciencia:
una es luz, y otra, paciencia.
Una estriba en alumbrar
un poquito el hondo mar;
otra, en hacer penitencia
con caña o red, y esperar
el pez, como pescador.
Dime tú: ¿Cuál es mejor?
¿Conciencia de visionario
que mira en el hondo acuario
peces vivos,
fugitivos,
que no se pueden pescar,
o esa maldita faena
de ir arrojando a la arena,

muertos, los peces del mar?

Pero en Machado siempre estará esta idea de cuestionar a la razón y su modo de proceder: el racionalista-pescador lo único que logra es *desrealizar*, matar al pez que arroja a la orilla, incapaz de pensarlo de otro modo, entiéndase, *vivo*. Y de aquí su conclusión de que, de ser cierto el empirismo miope de nuestra razón, aferrado a los meros hechos, aplicado *stricto sensu* a nuestra vida, todo se reduciría a *nada*:

XXXVI
Fe empirista. Ni somos ni seremos.
Todo nuestro vivir es emprestado.
Nada trajimos; nada llevaremos.

Este último verso es una idea recurrente: la de *llevar* a la otra orilla lo que hemos *dejado* o hecho en vida. Pero la fe empirista reduce todo a nada, y Machado no comparte esta fe. E insistamos en cómo nuestro poeta habla de *fe empirista*, que estaría al mismo nivel de *fe* que la *religiosa*. Al fin y al cabo, se nos olvida que la crítica kantiana a la metafísica lo es a toda metafísica que quiera volar más allá de los límites de la experiencia, en un sentido o en otro. Lo que hizo Kant fue *limitar el saber* para dejar un espacio a la *fe*, a lo indemostrable, tanto para el *sí* como para el *no*. Por ello, no sin fina ironía arremeterá Machado contra los que olvidan las tijeras de Kant (XXXIX).

A nuestro poeta le bastará con recordarnos los *límites*, pues el filósofo de Königsberg rebajó toda altanería metafísica. Y esto, *para Machado*, deja abierta la puerta al *misterio*, y por ende a lo religioso, aunque esté envuelto en la *niebla*. A su vez, nos recordará de continuo la futilidad y fugacidad de todo cuanto hacemos, que muy pronto borrará el tiempo:

XLIV
Todo pasa y todo queda,
pero lo nuestro es pasar,
pasar haciendo caminos,
caminos sobre la mar.

La cuestión fundamental será, entonces, si todo ha de terminar en un *ir a parar a la mar definitivamente*, o pasaremos con Caronte a *otra orilla*:

XLV
Morir…¿Caer como gota
de mar en el mar inmenso?
¿O ser lo que nunca he sido:
uno, sin sombra y sin sueño,
un solitario que avanza
sin camino y sin espejo?

La duda, el misterio, la lucha con las entrañas, como nos dijo en otro poema, es la constante. Y en esa búsqueda, no faltará la interpelación a Dios en su soñar y hablar con Él:

XLVI
Anoche soñé que oía
a Dios, gritándome: ¡Alerta!
Luego era Dios quien dormía,
y yo gritaba: ¡Despierta!

Nunca olvida Machado la luz que arroja la muerte sobre nuestras vidas, donde cada uno representa un papel. Y por ello, al caer el telón, lo harán también las máscaras:

XLVIII
Mirando mi calavera
un nuevo Hamlet dirá:
He aquí un lindo fósil de una
careta de carnaval.

Lo mismo sucede con la permanente conciencia del paso del tiempo, que se agrava, tal como lo expresa en este otro poema, donde el poeta está frente al espejo:

XLIX
Ya noto, al paso que me torno viejo,
que en el inmenso espejo,
donde orgulloso me miraba un día,
era el azogue lo que yo ponía.
Al espejo del fondo de mi casa
una mano fatal
va rayando el azogue, y todo pasa
por él como la luz por el cristal.

Y cuando iniciamos el repertorio de *Parábolas* (CXXXVII) nos encontramos, versificado, todo un breve tratado de filosofía. Los dos primeros poemas tienen por tema la muerte como ilusión-sueño del que despertamos, o en el que ingresamos al morir. Se borran los límites de lo real precisamente porque la muerte, que también es real, parece convertirlo todo en sueño e ilusión. Pero si durante la vida —niño, mozo, hombre— se desdibujan las fronteras del sueño y la realidad, cuando llega la muerte se impone una realidad nueva: se descorrerá el velo, o caerá el telón, y entonces el propio hombre que sueña acabará por convertirse *él mismo en sueño*, en algo que se perderá en la noche de los tiempos. Y tal vez ahí, en el diálogo de cada cual con su propio corazón, al barruntar la hora del morir, podremos despertar verdaderamente a nuestra efímera realidad, de manera que la muerte aparecerá como *lo real*, y nuestra vida como *el fragmento de un sueño*:

CXXXVII
(*Parábolas*)
I
(…)
Pero el niño se hizo mozo
y el niño tuvo un amor,
y su amada le decía:
¿Tú eres de verdad o no?
Cuando el mozo se hizo viejo
pensaba: todo es soñar,
el caballito soñado
y el caballo de verdad.
Y cuando vino la muerte,
el viejo a su corazón
preguntaba: ¿Tú eres sueño?
¡Quién sabe si despertó!

Es en el momento en que vemos aproximarse a la muerte cuando tomamos conciencia de nosotros mismos y de la verdadera realidad de aquélla, comparada con la cual la propia vida, como venimos apuntando, parece mero sueño.

Y como advertíamos más arriba, hay en Machado, al igual que en Unamuno, un conflicto entre *vida* y *razón*. A nuestro juicio, don Antonio no duda de que *la verdad es la esperanza*. Sin embargo, al final del poema se sugiere que algún día podría desaparecer aquel conflicto, por el descubrimiento de una verdad que *aún* se le escapa a la razón. Sospechamos que ese día pueda la razón atisbar la muerte; y que comprenda por sí misma sus propios límites, algo que su cerrazón y vanidosa *soberbia* ahora le impiden[XIV]. Y de aquí ese lo *veremos* con el que el poema termina:

VII
Dice la razón: Busquemos
la verdad.
Y el corazón: Vanidad.
La verdad ya la tenemos.
La razón: ¡Ay, quién alcanza
la verdad!
El corazón: Vanidad.
La verdad es la esperanza.
Dice la razón: Tú mientes.
Y contesta el corazón:
Quien miente eres tú, razón,
que dices lo que no sientes.
La razón: Jamás podremos
entendernos, corazón.
El corazón: Lo veremos.

Se trata, sin duda, de uno de los poemas más filosóficos de Machado. La razón busca, pretenciosa, la verdad; sin embargo, es como si la verdad le quedara demasiado grande a la razón, sólo que ella, vanidosa, no lo sabe. Resuenan los ecos, nuevamente, del *Eclesiastés*, tan preciado a Machado y a Unamuno. Si *la verdad es la esperanza* es porque en medio se nos cuela la muerte. Esto parece no tenerlo en cuenta la fría razón. Pero el diálogo de fondo lo será entre la poesía, cosa cordial, y la filosofía (cfr., Cerezo, 1975, pp. 17-52; Martínez, 2019, pp. 203-235.), búsqueda racional de la verdad, aunque mera ilusión, hija de la vanidad, que confía, movida por la ebriedad de su soberbia, en la verdad encerrada en el concepto. Por eso dirá el corazón: Vanidad. La tensión entre filosofía y poesía queda plasmada en el siguiente poema, en el que el pensamiento agota al manantial donde laborean las abejas de la poesía. Pero, al mismo tiempo, ese trabajo del concepto, al escapársele el contenido vivo del mundo, será como un laberinto o círculo vicioso que no conduce a nada, pero del que no es posible salir:

VIII
Cabeza meditadora,
¡qué lejos se oye el zumbido
de la abeja libadora!
Echaste un velo de sombra
sobre el bello mundo, y vas
creyendo ver, porque mides
la sombra con un compás.
Mientras la abeja fabrica,
melifica,
con jugo de campo y sol,
yo voy echando verdades
que nada son, vanidades
al fondo de mi crisol.
De la mar al precepto,
del precepto al concepto,
del concepto a la idea
-¡oh, la linda tarea!-,
de la idea a la mar.
¡Y otra vez a empezar!

El poeta lo dice bien: el hombre que se deja llevar por su cabeza meditadora —lejos ya del zumbido de la abeja libadora de la poesía— corre un velo de sombra sobre el bello mundo, y cree que ve y apresa la realidad *porque mide la sombra de un compás*. El resultado no puede ser otro que un *ir echando verdades que nada son, vanidades*. Pero al final del ciclo siempre estará el *mar*, símbolo de la muerte, y otra vez habrá que comenzar todo el pro-

ceso, inabarcable, porque la verdad no se deja apresar definitivamente, y el hombre choca de bruces con aquélla, que reinicia todo otra vez.

Y es justo ahora cuando, en la serie de *Elogios*, nos encontramos con el poema dedicado a don Francisco Giner de los Ríos, donde reaparece nuestro tema, ligado al par *dejar-llevar*, en el que venimos insistiendo. De aquí que el viejo maestro, que vivió iluminando las vidas de tantos, como la del propio Machado, no finalice su viaje en un foso, donde sólo le esperan oscuridad y muerte, sino que el convencimiento de Machado es muy otro:

CXXXIX
(…)
¿Murió?... Solo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!
Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba,
del sol de los talleres,
el viejo alegre de la vida santa.

Lo hemos dicho ya. Para Machado, lo importante es *cómo* se vive. La muerte sólo proyecta su *luz interrogante* sobre la vida que hemos de vivir mientras dure; éste será su papel esencial. Y luego, el que ha vivido, dejando aquí vida, se llevará vida; el que ha dejado sombra, sombra; el que dejó luz, como don Francisco, se llevará luz. De manera que el problema de la *persistencia del yo* no atormenta a Machado. Y, como decíamos, tal vez ello se deba a que, aunque no podía *demostrar* nada más allá de los *límites* del conocimiento, participaba de la *esperanza*, la *fe* en Dios. Tras la muerte está pendiente un viaje: *no todo se lo ha tragado la tierra*. Pero de este viaje, de la otra orilla, poco sabemos: *a ignota mar iremos*. Y, sin embargo, Machado no se angustia, porque, además, sabe que ha vivido haciendo (dejando) el bien, y de aquí su sereno autorretrato:

Converso con el hombre que siempre va conmigo
—quien habla solo espera hablar a Dios un día—;
mi soliloquio es plática con este buen amigo
que me enseñó el secreto de la filantropía.
(…)

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

El problema de la muerte en nuestro poeta-filósofo está tejido de *esperanza*, donde reina la *incertidumbre*, pero no la agónica angustia —a diferencia de Unamuno—, aunque acaso sí la *melancolía*. Y, en última instancia, si *a incierta mar iremos*, tal cuestión resultará también fundamental, desde una perspectiva ética, para *iluminar* y *dar sentido*, en la misma proporción, a nuestro *vivir* y a nuestro *morir*, sea cual sea el destino final de ese viaje que todos algún día emprenderemos.

NOTAS:

I Nos dice que esta angustia vive con él desde bien niño (cfr., Machado, 2006, I, pp. 241-242). Y cuando descubre en los años treinta a Heidegger reconoce estar ante un auténtico filósofo, y no puede evitar comentarlo con cierto detalle, como el fragmento: «Ahora bien, esta inquietud (*Sorge*), este cuidado (*cura*) –(…), esta inquietud, digo, nos aparece, ya como un temor o sobresalto que el *se* anónimo (*das Man*) aquieta, trivializándole, convirtiéndole en tedio consuetudinario, ya transfigurado en angustia incurable, ante el infinito desamparo del hombre. Del fastidio a la angustia, pasando por *la imagen espantosa de la muerte*; tal es el *camino de perfección* que nos descubre Heidegger» (Machado, 2006, II, p. 90). Para Machado, Heidegger es un feliz hallazgo porque tiene mucho que aportarnos a la comprensión de nosotros mismos; estaríamos frente a una auténtica filosofía, lejos de esa pedantería acéfala y frívola en que tantas veces incurre el filosofar. Incluso pretenderá mostrar su sintonía con él recordándonos algunos versos suyos muy tempranos. Y también que la angustia heideggeriana la encontramos ya tematizada en Unamuno: «La verdad es, amigos míos, que la doctrina de Heidegger aparece -hasta la fecha al menos- algo triste, lo que de ningún modo quiere decir que sea infundada o falsa. Entre nosotros los españoles y muy particularmente entre los andaluces ella puede encontrar a través de muchas rebeldías de superficie una honda aquiescencia, un asentimiento de creencia o de fondo independiente de la virtud suasoria que tengan los razonamientos del nuevo filósofo. ¿Es que somos algo heideggerianos sin saberlo? Estos versos, escritos hace muchos años y recogidos en torno hacia 1907, pueden tener una inequívoca interpretación heideggeriana:

«Es una tarde cenicienta y mustia,
destartalada, como el alma mía;
y es esta vieja angustia
que habita mi usual hipocondría.
La causa de esta angustia no consigo
ni vagamente comprender siquiera;
pero recuerdo y, recordando digo:
sí, yo era niño y tú mi compañera».

La *angustia*, a la que tanto ha aludido nuestro Unamuno y, antes, Kierkegaard, aparece en estos versos —y acaso en otros muchos— como un hecho psíquico de raíz, que no se quiere, ni se puede, definir, mas sí afirmar como una nota humana persistente, como inquietud existencial (*Sorge*), antes que verdadera angustia (*Angst*) heideggeriana, pero que va a transformarse en ella. Y, en verdad, el mundo del poeta, su mundo es casi siempre materia de inquietud (*Zuhandenes*). A todo despertar —decía mi maestro—se adelanta una mosquita negra cuyo zumbido no todos son capaces de oír

distintamente, pero que todos de algún modo perciben. De esa pinta diminuta y sombría, surge el globo total, la irisada pompa de jabón de nuestra conciencia.

La angustia (*Angst*) de Heidegger aparece en el extremo límite de la existencia vulgar, en el gran malecón, junto a la mar, cortado a pico, con una visión de la totalidad de nuestro existir y una reflexión sobre su término y acabamiento: la muerte. La angustia es, en verdad, un sentimiento complicado con la totalidad de la existencia humana y con su esencial desamparo, frente a lo infinito, impenetrable y opaco.

Que l'univers est un défaut dans la pureté du non-être. Que el universo no es nada más que un defecto/en la pureza del no-ser dice Paul Valery en un suspiro hiperbólico, exhalado como otros suyos en la angustia heideggeriana, y que expresa, a su modo, el carácter *fautif* (defectuoso, erróneo) de lo existente. Mas la existencia que se encuentra a sí misma (*eigentliche Existenz*) que ya no huye ni se dispersa en el mundo, es lo que la angustia nos revela. Es la existencia humana, limitada, finita y humillada, pero total, lo que surge en nuestra conciencia con la angustia ante la muerte. No es, pues, según Heidegger, la muerte un accidente ocurrido en nuestra existencia mundana, es la existencia en sí misma en trance de alcanzar su propio acabamiento.

Por una vez intenta un filósofo —y había de ser un alemán quien lo intentase— darnos un cierto consuelo del morir con la muerte misma, como si dijéramos, con su esencia lógica, al margen de toda promesa de reposo o de vida mejor. Porque es la interpretación existencial de la muerte —la muerte como un límite, nada en sí mismo—, de donde hemos de sacar ánimo para afrontarla: la decisión resignada (*Entschlossenheit*) de morir, y la no menos paradójica libertad para la muerte (*Freiheit zum Tode*» (Machado, 2006, p. II pp. 93-94).

II Discrepamos aquí del magisterio de Julián Marías, para quien sólo la cuarta etapa de la poesía de Machado sería de carácter filosófico (Marías, 1949, pp. 307-321).

III Machado se queja de que el tema de la muerte es rehusado normalmente, incluso por los filósofos. Y desde luego, nos deja un regusto amargo, porque rebaja toda *soberbia humana*, por más que el filósofo quiera esquivarla o piense que podrá vencerla con su obra. La conciencia de que *la muerte lima nuestro orgullo*, o nuestra *soberbia*, que se alimenta de un contento de sí aproblemático o excesivo, parece ser algo que sugiere también Machado, a propósito del viejo *Memento mori*: «¿Puede haber un hombre, plenamente satisfecho de sí mismo, que sea plenamente tal hombre? A mi juicio -decía Mairena-, todo hombre puede tener motivos de descontento, aunque sólo sea pensando en la fatalidad del morir. Pero la Muerte -la idea y el hecho- es algo que pocos miran de frente; el filósofo, sobre todo, suele mirarla de soslayo, cuando no esquivarla, seguro de que sus sistemas y doctrinas, al margen de la muerte, son como martingalas ingeniosas para ganar en el juego, las cuales sólo pueden engañarnos, mientras alejamos de nuestra mente el pensamiento de la llave indefectible que ha de anularlas. *Valencia, febrero de 1938*». (Machado, 2006, II, p. 110). Y de aquí que vuelva a decirnos sobre lo esencial del pensar la muerte y sobre la banalidad de toda filosofía que la esquive: «Algún día se pondrá de moda el pensar en la muerte, tema que se viene soslayando en filosofía -la filosofía, en verdad, lo ha soslayado casi siempre-, y, con una nueva metafísica de la humildad, comenzaréis a comprender por qué los grandes hombres solemos ser modestos.

En verdad que el *Memento mori* —añadía Mairena— no suena siempre a tiempo entre los filósofos, merced a lo cual la existencia humana, cuya totalidad no puede ser pensada sin pensar la muerte, su indefectible acabamiento, se va distanciando con exceso de la filosofía, para convertirse en tema de reflexiones demasiado triviales. Al mismo tiempo, una filosofía que pretende saltarse el gran barranco, o construir a su borde, tiene algo de artificial y pedante, de insincero, de inhumano, y, me atreveré a decirlo: de antifilosófico. Por miedo a la muerte, huye el pensamiento metafísico de su punto de mira: el existir humano, lejos del cual toda revelación del ser es imposible. Y surgen las baratas filosofías de la vida, del vivir acéfalo, que son todas ellas filosofías del crimen y de la muerte.» (Machado, 2006, p. 86). Este final nos parece sorprendente, porque el pensamiento soberbio,

frívolo, artificial, y antifilosófico, en suma, puede ser propiciador o consentidor pasivo del crimen y de la muerte de otros, precisamente por cerrar los ojos a tan esencial tema. No es por azar que Machado aborde dicha cuestión, precisamente en un contexto donde reflexiona constantemente sobre la guerra y la necesaria cultura de la paz (Machado, 2006, II, pp. 177-229).

IV Machado asistió a los cursos de Bergson en 1911-12. Del francés le atrajo, sobre todo, su crítica del racionalismo y del positivismo (García, 2017, pp. 28-31). Para aspectos biográficos del poeta: Cano, 1975; Gibson, 2007.

V Esta esperanza machadiana es ampliamente argumentada desde su fe cristiana por Baker (1990, 2017). Entre nosotros han subrayado la importancia de la esperanza en Machado: Pedro Laín, 1948, 1963; Luis Rosales, 1949; Dámaso Alonso, 1976; Aranguren, 1949; Valverde, 1975; López, 2005; Siguán, 1966. Otros obvian este punto, a nuestro juicio injustificadamente, y se centran en la total desesperanza: Yndurain, 1975; Gullón, 1987. Lo reemplazan por el problema de la verdad: Martínez, 2009. Consideran a Machado ateo: Sánchez-Barbudo, 1959. No creyente pero dentro de la tradición cristiana: Cobos, 1972. Hay quienes subrayan la complejidad de *zanjar* el asunto en un sentido o en otro: Murillo, 1975.

VI Éste es un tema fundamental en la concepción machadiana de la muerte. Frente a interpretaciones como la de Sánchez Barbudo, a nuestro juicio sesgada, que absolutiza el valor de *la nada* en Machado, podríamos oponer sus propias palabras al respecto, donde es más bien *la indiferencia de la Naturaleza* con respecto a nuestra existencia —vida y muerte— lo que más duele al poeta: «El ente, en general, existe para el hombre, como objeto, al menos, de curiosidad o deseo de conocer. La recíproca no es verdad, porque el hombre no existe para el ente, en general. De esta conciencia que tiene el hombre de un ente sin conciencia del hombre brota la angustia humana. No es la nada el origen de su angustia, como suponen modernos filósofos, sino la totalidad del ser que ignora al hombre». (*JM* II, 258). La interpretación de S. Barbudo sobre la nada y Dios (1979, pp. 189-225) contrasta con la de P. Laín (1947) y con la del propio J.L. Aranguren (1949, pp. 383-398), que nos parecen más ajustadas al pensar y sentir machadiano, aunque no podemos entrar a debatir tan esencial asunto, por razón de espacio.

VII Hablando de Machado, J.R. Jiménez escribió estas insuperables palabras: «Poeta de la muerte, y pensado, sentido, preparado hora tras hora para lo muerto, no he conocido otro que como él haya equilibrado estos niveles iguales de altos o bajos, según y cómo; que haya salvado, viviendo muriendo, la distancia de las dos únicas existencias conocidas, paradójicamente opuestas; tan unidas, aunque los otros hombres nos empeñemos en separarlas, oponerlas y pelearlas. Toda nuestra vida suele consistir en temer a la muerte y alejarla de nosotros, o mejor, alejarnos nosotros de ella. Antonio Machado la comprendía en sí, se cedía a ella en gran parte. Acaso él fue, más que un nacido, un resucitado.» (Jiménez, 1979, p. 32).

VIII Para R. Senabre, en los ocho versos iniciales, «se habla, ciertamente, de la primavera, pero también del amor, de la muerte y del milagro de la resurrección». (Senabre, 1976, p. 955). El paisaje recalca la idea de que la vida resucita (Senabre, 1976, p. 958). Senabre, además, reproduce un fragmento de la carta a Unamuno, en 1913, donde escribe Machado: «Mi mujer era una criatura angelical, segada por la muerte cruelmente…Mientras luché a su lado contra lo irremediable, me sostenía mi conciencia de sufrir mucho más que ella, pues ella, al fin, no pensó nunca en morirse y su enfermedad no era dolorosa. En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar». (Senabre, 1976, p. 960). También Luis Rosales ha comentado extensamente la importancia simbólica de la primavera en Machado: «La primavera es uno de estos simbolismos conceptuales. Significa o sugiere a la *materia* ya iluminada por el amor, es decir, a la *materia viva*. Por ello su reiterada aparición en los poemas machadianos anuncia siempre un cambio, una transformación en la realidad que se nos describe o un paso en la actitud del alma hacia una

posición más abierta y vivificadora» (Rosales, 1949, p. 469).

IX A pesar del carácter polisémico del mar en Machado (Lapesa, 1989, pp. 55-115), hay quienes proponen vincularlo a la existencia y muerte en Heidegger (Merchán, 2014, pp. 221-247).

X Así subrayaba Machado la rebeldía de Unamuno frente a la muerte, como nos lo recordó en su bosquejo del maestro en su despedida. (Machado, 2006, II, pp. 161-162).

XI Apropiándonos de la expresión de J.L. Aranguren, el ser humano también es para Machado, *constitutivamente moral*, atravesado de una *nostalgia de lo otro* tal que le llevará no a *afirmarse* en el ser, sino a *querer perfeccionarse*: «Pero nosotros nos inclinamos más bien a creer en la dignidad del hombre, y a pensar que es lo más noble en él el más íntimo y potente resorte de su conducta. Porque esta misma desconfianza de su propio destino y esta incertidumbre de su pensamiento, de que carecen acaso otros animales, van en el hombre unidas a una voluntad de vivir que no es un deseo de perseverar en su propio ser, sino más bien de mejorarlo. El hombre es el único animal que quiere salvarse, sin confiar para ello en el curso de la Naturaleza. Todas las potencias de su espíritu tienden a ello, se enderezan a este fin. El hombre quiere ser otro. He aquí lo específicamente humano. Aunque su propia lógica y natural sofística lo encierren en la más estrecha concepción solipsística, su mónada solitaria no es nunca pensada como autosuficiente, sino como nostálgica de lo otro, paciente de una incurable alteridad. Si lográsemos reconstruir la metafísica de un chimpancé o de algún otro más elevado antropoide, ayudándole cariñosamente a formularla, nos encontraríamos con que era esto lo que le faltaba para igualar al hombre: una esencial disconformidad consigo mismo que lo impulse a desear ser otro del que es, aunque, de acuerdo con el hombre, aspire a mejorar la condición de su propia vida: alimento, habitación más o menos arbórea, etc. Reparad en que, como decía mi maestro, sólo el pensamiento del hombre, a juzgar por su misma conducta, ha alcanzado esa categoría supralógica del deber ser o *tener que ser lo que no se es*, o esa idea del bien que el divino Platón encarna sobre la del ser mismo y de la cual afirma con profunda verdad que no hay copia en este bajo mundo. En todo lo demás no parece que haya en el hombre nada esencial que lo diferencie de los otros primates (véase Abel Martín: «De la esencial heterogeneidad del ser»). (Machado, 2006, p. 324).

XII A Dios no cabe sólo afirmarlo o negarlo, también *dudarlo* (Machado, 2006, p. 80). Es un Dios íntimo, del corazón, sin perder por ello su radical *otredad* (Machado, 2006, pp. 250-253). No compartimos la interpretación sobre el tema que hacen Sánchez Barbudo ni A. De Albornoz, que tratan a toda costa de borrar lo religioso en Machado, o, cuando menos, reducirlo a un breve periodo, 1912-14. Nuestra posición se acerca más a la de Laín, quien afirma que Machado *espera en Dios*; interpretación que tanto Sánchez Barbudo, como De Albornoz, no comparten (De Albornoz, 1968, pp. 237-2389), en su denodado afán por eliminar toda huella de Dios en Machado.

XIII En este punto, resulta única (cfr. García, 2013, pp. 87-89), incomprensible e indefendible la posición que, sin embargo, pretende sostener Sánchez Barbudo, para quien Antonio Machado sería un buscador de Dios insatisfecho, abocado a un ateísmo que hace de la nada el absoluto (Barbudo, 1979, pp. 189-200). Este autor zanja así la cuestión, sin hacer justicia a la complejidad del asunto en Machado, que no podemos tratar ahora.

XIV La angustia ante el *tempus fugit* tiene mucho que ver con vivir una vida vacía. El amor o su carencia es lo que da plenitud o no a nuestra vida. Y esto es lo que aterra al que sabe que el tiempo, para vivirlo con sentido o no, se acaba. De aquí que la angustia y el diluvio de preguntas arrecie con los años, y no sólo para el *intelecto*, sino también para el *corazón*. Así, *la nada* será causa de *admiración* y *extrañeza* para el poeta. (Machado, 2006, I, p. 240).

XV Ésta es una idea central en Machado: Sócrates y Cristo son los dos pilares esenciales sobre los que habría que organizar una verdadera educación para la vida y la paz (Machado, 2006, I, p.

337; Machado, 2006, II, p. 131).

XVI Por ello dirá Machado, con su habitual sorna, que cundo llegue *el día de nuestra modestia*, refiriéndose a nuestra muerte, estaremos preparados para hacer toda una metafísica del orgullo: «(*La metafísica del orgullo*) Llegaremos a una verdadera metafísica del orgullo -decía Juan de Mairena a sus alumnos- el día de nuestra máxima modestia, cuando hayamos averiguado el carácter faltusco, la esencial insuficiencia del existir humano, y aspiremos a Dios para rendirle estrecha cuenta de nuestra conducta y a pedirle cuenta, no menos estrecha, de la suya». (Machado, 2006, II, p. 156).

Referencias bibliográficas:

Abellán, J.L.: «La filosofía de Antonio Machado y su teoría de lo apócrifo», en *El Basilisco*, 1979, pp. 77-83.

Abellán, J.L.: *El filósofo «Antonio Machado»*. Valencia: Pre-Textos, 1995.

Albornoz, A.: *La presencia de Miguel de Unamuno en Antonio Machado*. Madrid: Gredos, 1968.

Alonso, D.: «Poesías olvidadas de Antonio Machado» [1949], en Id., *Poetas españoles contempoáneos*, Madrid: Gredos, 1969, pp. 97-147.

Alonso, D.: «Fanales de Antonio Machado», en Id., *Cuatro poetas españoles*, Madrid: Gredos, 1962, pp. 137-178.

Alonso, D.: «Muerte y transmuerte en la poesía de Antonio Machado», *Revista de Occidente*, 5-6, marzo y abril, 1976, pp. 11-24.

Aranguren, J.L.: «Esperanza y desesperanza de Dios en la experiencia de la vida de Antonio Machado», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, 11-12, sept.-dic., 1949, pp. 383-398

Ayala, F.: «Un poema y la poesía de Antonio Machado», en Gullón, R. y Phillips, A.W., *Antonio Machado*. Madrid: Taurus, 1979, pp. 383-389.

Baker, A.F.: «Antonio Machado y la otra vida», en Gabriele, J.P., *Divergencias y unidad: perspectivas sobre la generación del 98 y Antonio Machado*. Madrid: Orígenes, 1990, pp. 255-265.

Baker, A.F.: «Antonio Machado y las galerías del alma», en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2017, http://www.cervantesvirtual.com/.

Cano, J.L.: *Antonio Machado. Biografía ilustrada*. Barcelona: ed. Destino, 1975.

Cerezo, P.: *Palabra en el tiempo. Poesía y filosofía en Antonio Machado*. Madrid: Gredos, 1975.

Cerezo, P.,: «Antonio Machado en Baeza. De la extrañeza al entrañamiento (1912-1919)», en *Abel Martín. Revista de estudios sobre Antonio Machado*, 2012, http://www.abelmartin.com/critica/cerezo.html.

Cernuda, L.: «Antonio Machado (1875-1939)», en Id., *Estudios sobre poesía española contemporánea* [1957], Madrid: Guadarrama, col. Punto Omega, 3ª ed., 1972, pp. 90-102.

Cobos, P.: *Sobre la muerte en Antonio Machado*. Madrid: Ínsula, 1972.

Fernández, Mª R.: *Una visión de la muerte en la lírica española*, Madrid: Gredos, 1971, pp. 238-273.

García, C.: «Sobre el tiempo y la poesía en Antonio Machado, o toda la imaginería que no ha brotado del río barata bisutería», en AAVV., *Palabra memoria y pensamiento en Antonio Machado*. Actas. IV Aula de Mairena. Instituto de la Cultura y las Artes del Ayuntamiento de Sevilla. Sevilla: 2017, pp. 25-42.

García, J.Mª.: *La filosofía poética de Antonio Machado*. Madrid: Siruela, 2013.

Gibson, I.: *Ligero de equipaje. La vida de Antonio Machado*. Madrid: Punto de Lectura, 2007.

Gullón, R.: *Espacios poéticos de Antonio Machado*. Madrid: Cátedra, 1987.

Gurvitch, G.: *Las tendencias actuales de la filosofía alemana*. Madrid: M. Aguilar Editor, 1931.

Jiménez, J. R.: «Antonio Machado», en Gullón, R. y Phillips, A.W.: *Antonio Machado*. Madrid: Taurus, 1979, pp. 31-33.

Laín, P.: *La generación del 98*. Madrid: Espasa-Calpe, 1947 [5ª ed. 1963].

Laín, P.: «Dios en la poesía de Antonio Machado», Madrid: *ABC*, 24-4-1948.

Lapesa, R.: «Sobre algunos símbolos en la poesía de Antonio Machado», en Francisco López (ed.), *En torno a Antonio Machado*. Madrid: Júcar, 1989, pp. 55-115.

Láscaris, C.: «La conciencia moral. El despertar de la conciencia moral en *La tierra de Alvargonzález de Antonio Machado*», en Láscaris, C.: *Fundamentos de Filosofía*. San José (Costa Rica), Publicaciones Universidad de C.R., Serie Filosofía, 19, Ciudad Universitaria, 1961, pp. 213-229.

Láscaris, C.: «Consideraciones en torno a la filosofía de Antonio Machado», en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, 37, 1975, pp. 235-257.

López C., A.: «Antonio Machado: muerte y supervivencia», en *Homenaje a González Vecín*. Universidad de León. León. 2005, pp. 539-551.

López C., A.: *Un canto de frontera*. Madrid: Devenir Ensayo, 2006.

Machado, A.: *Poesía y Prosa*. Macrì, O. (ed.), 4t. Madrid: Espasa-Calpe y

Fundación Antonio Machado, 1988.

Machado, A.: *Juan de Mairena*. 2 vols. Ed. de Antonio Fernández Ferrer. Madrid: Cátedra, 6ª ed. 2006.

Machado, A.: *Prosas dispersas* (1983-1936). Doménech, J. (ed.). Madrid: Páginas de Espuma. 2001.

Malpartida, J.: *Antonio Machado. Vida y pensamiento de un poeta*. Madrid: Fórcola Ediciones, 2018.

Marías, J.: «Machado y Heidegger» *Suplemento de ínsula*, 94, 1953, pp. 1-2.

Marías, J.: «Antonio Machado y su interpretación poética de las cosas», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, septiembre-diciembre, 1949, 307-321.

Martínez, J.: *Antonio Machado, un pensador poético. Meditaciones del Juan de Mairena*. Córdoba: Editorial Almuzara, 2019.

Martínez de Velasco, L.:, *Emoción poética y verdad moral. Siete ensayos en torno a la obra de Antonio Machado*. Madrid: Huerga & Fierro, 2009.

Merchán, J.: *Un canto de frontera. La lógica poética de Antonio Machado*. Tesis doctoral. Almería: Universidad de Almería. 2004.

Merchán, J.: «La existencia de Heidegger y el mar de Antonio Machado», en *Revista de Literatura*, enero-junio, vol. LXXVI, 151, 2014, pp. 221-247, doi:10.3989/revliteratura.2014-01.010.

Moreno, C.: «Machado, Ortega y los apócrifos», en *Revista de estudios sobre Antonio Machado*. Octubre, 2008, http://www.abelmartin.com/critica/moreno2.html

Murillo, R.: *Antonio Machado. Ensayo sobre su pensamiento filosófico*. San José de Costa Rica: Editorial Fernández Arce, 1975.

Rosales, L.: «Muerte y resurrección de Antonio Machado», en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms.11-12, 1949, pp. 435-481.

Sánchez Barbudo, A.: *Estudios sobre Unamuno y Antonio Machado*. Madrid: Guadarrama, 1959.

Sánchez Barbudo, A.: *El pensamiento filosófico de Antonio Machado*. Madrid: Guadarrama, 1974.

Sánchez Barbudo, A.: «Ideas filosóficas de Antonio Machado», en Gullón, R. y Phillips, A.W.: *Antonio Machado*. Madrid: Taurus, 1979, pp. 189-225.

Sánchez Barbudo, A.: *Estudios sobre Galdós, Unamuno y Machado*. Barcelona: 3ª ed. Editorial Lumen, 1981.

Sánchez, J.A.: «El tiempo en la poética de Antonio Machado», *Dicen-*

da. Cuadernos de Filología Hispánica, 2013, vol. 31, 189-212, http://dx.doi.org/10.5209/rev_DICE.2013.v31.43637.

Senabre, R.: «Amor y muerte en Antonio Machado (el poema *A José María Palacio*)», en *Cuadernos hispanoamericanos*, Nº 304-307, 2, 1975-1976, pp. 944-971.

Senabre, R.: *Claves de la poesía contemporánea (De Bécquer a Brines)*. Salamanca: Almar, 1999.

Senabre, R.: «Tema y modulaciones en la poesía de Antonio Machado», en *Antonio Machado hoy: Actas del Congreso Internacional conmemorativo del cincuentenario de la muerte de Antonio Machado*, Vol. 1, 1990, págs. 59-70.

Sesé, B.: *Claves de Antonio Machado*. Madrid: Espasa-Calpe, 1990.

Sesé, B.: *Antonio Machado (1875-1939). El hombre, el poeta, el pensador*. Madrid: Editorial Gredos, 1980.

Siguán, M.: «El tema del otro en Antonio Machado», en *Convivium*, 21, 1966, pp. 267-286.

Ugalde, J.: «Pensar desde la heterogeneidad en Antonio Machado», en *Destellos*, 2, 2015, pp. 87-97.

Valverde, J.Mª: *Antonio Machado*, Siglo XXI, Madrid, 1975.

Vázquez Medel, M.A.: «Antonio Machado y Heidegger», en Ávila, P.L. (ed.), *Antonio Machado hacia Europa*. Madrid: Visor, 1993, pp. 224-232.

Vázquez-Medel, M.A.: «Antonio Machado: Poesía última (y ultimidad de la poesía)», en *Cauce: Revista Internacional de Filología, Comunicación y sus Didácticas*, 20-21, 2, 1997-1998, pp. 1075-1091.

José Manuel Panea Márquez es profesor titular de filosofía de la Universidad de Sevilla.

Líneas de investigación:

Historia de las ideas morales y Políticas.

Publicaciones recientes:

- «Ética y tragedia. El humanismo cívico de Sófocles: Áyax y Filoctetes», *Cuadernos salmantinos de filosofía,* ISSN 0210-4857, Nº 45, 2018, pp. 15-37.

- «El papel de las emociones en la esfera pública: la propuesta de M. C. Nussbaum.», *Recerca: Revista de pensament i analisi.,* ISSN 1130-6149, Nº 22, 2018, pp. 111-131.

Dirección electrónica: jmpanea@us.es